

Intervención

¿Revertir o reafirmar la dependencia?

La importancia histórico-mundial de las elecciones del 2026 en Colombia

James A. Fraser

Investigador Honorario, Lancaster Environment Centre

j.fraser3@lancaster.ac.uk

Mientras Colombia se prepara para las elecciones presidenciales de mayo del 2026, Iván Cepeda, el candidato presidencial de la coalición de izquierda actualmente en el poder, Pacto Histórico, ha anunciado a Aída Quilcué, una destacada líder Indígena nasa del Cauca, como su candidata a la vicepresidencia. En las elecciones legislativas del 8 de marzo, el Pacto Histórico se situó a la cabeza, mientras que en las primarias presidenciales del mismo día, Paloma Valencia también salió victoriosa, consolidándose como la candidata del Centro Democrático, de extrema derecha.

El hecho de que Quilcué y Valencia se hayan convertido en figuras significativas en las elecciones del 2026 encierra una coincidencia de extraordinaria importancia histórica mundial. La histórica lucha de clases que representan estas mujeres, entre los pueblos Indígenas, Afrodescendientes y campesinos, por un lado, y los terratenientes, en su mayoría descendientes de colonizadores europeos, por el otro, también quedó ejemplificada por un enfrentamiento entre el abuelo de Aída Quilcué y el bisabuelo de Paloma Valencia un siglo atrás.

Si resulta elegida, Aída Quilcué seguirá los pasos de Francia Márquez Mina, la actual vicepresidenta de Colombia, una mujer negra del Cauca que saltó a la fama defendiendo a su comunidad contra la minería y el desplazamiento. El debate entre Paloma Valencia y Francia Márquez [durante el ciclo electoral del 2022](#) fue un momento decisivo en el discurso político colombiano. Márquez Mina contrastó el linaje de Valencia, descendiente de propietarios de esclavos de origen europeo, con el suyo propio, descendiente de Afrocolombianos esclavizados. Se trató de un significativo ajuste de cuentas público que vinculó directamente el capital político y económico contemporáneo de la familia Valencia con sus raíces

históricas en la aristocracia esclavista y monopolizadora de la tierra, que Valencia intentó defender con un discurso liberal ciego a la clase, la raza y el género, basado en el avance a través del mérito individual y el trabajo duro.

El Cauca, el Macizo y el conflicto fundacional de Colombia por la tierra

Quilcué también es del Cauca, y concretamente del municipio de Páez, en la región del Macizo Colombiano, cuna de las tres cordilleras andinas de Colombia y de los principales ríos: Magdalena, Cauca, Patía, Caquetá y Putumayo; y sede de Popayán, una de las ciudades más importantes de Colombia desde el punto de vista histórico, junto con Bogotá, Cartagena y Santa Marta. En el Cauca de los siglos XVIII y XIX, un sistema de tenencia de la tierra explotador vinculaba íntimamente los resguardos Indígenas (propiedades colectivas) con las grandes haciendas. El análisis de Germán Colmenares (1989) reveló cómo el resguardo funcionaba como una institución espacial profundamente contradictoria; si bien salvaguardaba formalmente los territorios colectivos Indígenas, al mismo tiempo confinaba a las comunidades a tierras marginales e insuficientes, transformándolas efectivamente en reservorios demográficos que suministraban una fuerza laboral segregada y cautiva, atada por el terraje (servidumbre por deudas) a las haciendas en expansión de las élites conservadoras, mientras que las tierras Indígenas más atractivas para las plantaciones seguían siendo expropiadas. A principios del siglo XX, los pueblos Indígenas se enfrentaban a una grave invasión territorial y a la falta de tierras.

En este contexto, los antepasados de Quilcué y Valencia, que representaban visiones diametralmente opuestas de la tierra, fundamentalmente similares a las que tienen estas dos mujeres hoy en día, entraron en un conflicto violento. El bisabuelo de Paloma Valencia, Guillermo Valencia (1873-1943), fue ministro de Guerra de Colombia en 1915, mientras que su hijo, el abuelo de Paloma, Guillermo León Valencia (1909-1971), fue presidente del país de 1962 a 1966. Tanto el padre como el hijo eran propietarios de personas esclavizadas y su poder político y económico provenía de las plantaciones de azúcar. Para ellos, la institución liberal que permitía la acumulación ilimitada de la propiedad privada debía defenderse mediante la ley y la fuerza.

El bisabuelo de Paloma se enfrentó a Manuel Quintín Lame Chantre (1880-1967), abuelo de Aída Quilcué y una de las figuras históricas más importantes de Colombia,

considerado el fundador del movimiento Indígena del país. Quintín Lame fue un académico y activista Indígena que se formó en las leyes de la república y lideró un levantamiento masivo contra el sistema colonial de tenencia de la tierra. Su texto fundacional, *Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas*, fue escrito en 1939, pero no se publicó hasta 1971. Lame transformó los marcos legales opresivos en herramientas estratégicas para la resistencia Indígena a principios del siglo XX. Su enfoque fue, en efecto, un legalismo indígena insurgente, ya que reutilizó activamente las propias herramientas asimilacionistas del estado, subvirtiendo la Ley 89 de 1890 al convertir los resguardos en arreglos permanentes en lugar de temporales, como preveía originalmente la ley. [La fascinante obra de Karla Escobar](#) muestra cómo la siguiente generación de activistas indígenas se inspiró en Lame al utilizar la Ley 89 para intentar recuperar tierras privatizadas en el Cauca durante la década de 1970 (véase también Espinosa Arango 2023).

Debido a esta amenaza para la clase capitalista terrateniente, Lame fue ferozmente perseguido. Guillermo Valencia se convirtió en uno de sus adversarios más destacados, utilizando su influencia política para que Lame fuera encarcelado, torturado y silenciado. Como afirmó el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda (1975), esto puede interpretarse como un acontecimiento clave que reescenifica el conflicto fundacional de Colombia: la lucha por quién posee la tierra y cómo debe gestionarse.

Más de un siglo después, el Cauca y el Macizo vuelven al escenario nacional, esta vez a través del ascenso a la prominencia de los descendientes de Guillermo Valencia y Quintín Lame. El Senado moderno, y ahora la carrera presidencial, es el campo de batalla de estas dos visiones contrapuestas del futuro de Colombia que reflejan este conflicto fundacional.

La senadora Paloma Valencia lleva el legado de su bisabuelo y su abuelo al siglo XXI. Ella representa una visión política que prioriza la «seguridad» de los ricos, proporcionada por una autoridad estatal militarizada, y la protección de la propiedad privada en un país que tiene una de las distribuciones de tierra más desiguales del mundo (el 10 % de la población posee más del 83 % de la tierra [IGAC 2024]). Para la clase capitalista que representa Valencia, la tierra es un activo económico que debe protegerse de las ocupaciones ilegales. Se opone al gobierno autónomo de las personas Indígenas, Afrocolombianas y campesinos, que ella y sus aliados políticos tienden a ver como una amenaza para un estado nacional unificado.

La senadora Aída Quilcué, por su parte, se suma a la candidatura a la vicepresidencia continuando el legado de Quintín Lame. Habiendo sobrevivido a intentos de asesinato y al homicidio de su esposo a manos del ejército colombiano durante el conflicto armado, al igual que Márquez Mina, ella representa la necesidad de una justicia restaurativa: la exigencia de que el estado reconozca y repare cinco siglos de marginación y violencia contra los pueblos subalternos en Colombia.

Aída Quilcué transforma el proyecto de Quintín Lame para el siglo XXI

Aunque separados por un siglo, los proyectos políticos de Manuel Quintín Lame Chantre en 1915 y de su nieta Aída Quilcué en 2026 tratan fundamentalmente de lo mismo: la tierra. Quintín Lame pasó décadas navegando por el sistema legal colombiano, utilizando títulos coloniales para exigir la restitución de los resguardos. Su razonamiento subyacente nunca se basó en los derechos de propiedad burgueses. Para Lame, la tierra era una entidad viva e inalienable, la base de la vida comunitaria que no podía dividirse ni venderse.

Quilcué traslada este concepto a la coyuntura actual al convertir su defensa del resguardo en una reivindicación más amplia de la soberanía de los “territorios de vida” (ver Blaser et al. 2025). Quilcué aboga por el reconocimiento del territorio mismo como un sujeto vivo. Como afirmó durante [el primer Encuentro por la Verdad](#), es vital reconocer «los daños a la madre tierra» como un elemento central de la historia del conflicto (véase también CNMH-ONIC 2019). Quilcué ha contribuido a obtener fallos en los que la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) acredita formalmente a los territorios ancestrales como víctimas con derechos propios a la reparación. La JEP reconoció recientemente el territorio ancestral del pueblo Indígena Awá (Katsa Su) como víctima del conflicto, reconociéndolo como una entidad viva que sufre dolor (Bries Silva 2025).

En última instancia, ella transforma la defensa del resguardo de Quintín Lame en una demanda más amplia por la soberanía de los territorios de vida que deben sanarse junto con su gente. Esto se basa en *los Planes de Vida*, que surgieron en la década de 1990 como una contra-narrativa directa a los planes de desarrollo occidentales impuestos por el estado. Mientras que un plan de desarrollo tradicional podría centrarse en la extracción de recursos, la infraestructura y la acumulación de capital, un Plan de Vida se orienta hacia la permanencia y la armonía. El pueblo Nasa y otros grupos subalternos de Colombia utilizan

ahora estos planes para estructurar sus sistemas de educación, salud, economía y justicia de manera que sostengan el territorio de vida en lugar de explotarlo.

El principal antagonista de Lame era el sistema de haciendas que monopolizaba la tierra y explotaba la mano de obra Indígena. Hoy en día, la geografía de la extracción en el Cauca ha evolucionado desde la hacienda tradicional hacia extensos monocultivos agroindustriales de caña de azúcar en los valles. La plataforma de Quilcué presenta un desafío directo a esta versión moderna de la economía de las plantaciones. Su defensa de la soberanía alimentaria, la recuperación de semillas ancestrales y la expansión de los Territorios Campesinos Agroalimentarios (TECAM) y los resguardos Indígenas sirven como una barrera espacial y económica contra la agroindustria. Así como Lame buscó contrarrestar la cadena de extracción capitalista, las políticas ambientales de Quilcué se oponen activamente a la homogeneización del paisaje, defendiendo ecologías (agro)diversas y sustentables frente a los monocultivos orientados a la exportación.

Una de las medidas más radicales de Lame fue su insistencia en la autogobernanza Indígena. Redactó sus propios códigos legales (Lame Chantre 1971) y reivindicó el derecho de las autoridades Indígenas a gobernar a su propio pueblo, independientemente del centro estatal. La carrera política de Quilcué, arraigada en el [Consejo Regional Indígena del Cauca \(CRIC\)](#), refleja la materialización institucional de esta autonomía. Su apoyo a la institución de la minga (acción colectiva) y a la Guardia Indígena ejemplifica la visión de Lame sobre la autodeterminación. La Guardia actúa como un mecanismo desarmado de control territorial que protege a las comunidades tanto de los actores armados como de la extracción ilegal de recursos. Es una afirmación viva de que la periferia posee sus propios sistemas legítimos de gobernanza y seguridad, desafiando directamente el monopolio histórico del poder por parte del estado.

Lame rechazó la educación civilizadora de la élite urbana, argumentando que el verdadero conocimiento se encontraba «en la biblioteca de la naturaleza» (Lame Chantre 1971). Enmarcó la lucha indígena como una lucha tanto económica como onto-epistemológica, un choque entre la lógica extractiva del colonizador y la lógica recíproca del habitante Indígena. La presencia de Quilcué en el poder ejecutivo lleva esta ruptura epistemológica al centro del poder estatal. Su candidatura afirma que las soluciones a las

crisis de Colombia, desde el cambio climático hasta la violencia sistémica, no pueden resolverse con la misma lógica desarrollista que las causó.

¿Revertir la dependencia?

Para comprender mejor la gravedad histórico-mundial de la candidatura insurgente de Quilcué y su contraste político con la élite Paloma Valencia, la Teoría de la Dependencia ofrece un marco útil. Los teóricos latinoamericanos de la dependencia sostienen que, desde la era colonial, la economía global se ha estructurado en torno a un centro rico que extrae materias primas y mano de obra barata de una periferia dependiente, subdesarrollando activamente a esta última para enriquecer a la primera. Es crucial señalar que esta dinámica centro-periferia no solo existe entre regiones (por ejemplo, el Norte Global frente a América Latina); sino que se replica internamente dentro de las naciones. Leída a través del lente del colonialismo interno de Silvia Rivera Cusicanqui (1984), la confrontación entre Quintín Lame y Guillermo Valencia ejemplifica la profunda violencia estructural del estado-nación, en la que la hegemonía criolla «cultivada» intenta silenciar las realidades políticas Indígenas vivas.

En el marco de la dependencia, las naciones periféricas como Colombia requieren una élite nacional que facilite la extracción de riqueza para el centro global. Históricamente, la región del Cauca, representada por Guillermo Valencia a principios del siglo XX y por su bisnieta Paloma Valencia en la actualidad, ha desempeñado esta función. Sin embargo, como sugiere la investigación histórica de Germán Colmenares (1989), la hacienda del siglo XX no fue un motor monolítico de exportación global; en cambio, navegó por un panorama económico cambiante en el que la producción de azúcar estaba cada vez más ligada a los mercados nacionales del Valle del Cauca y Cali, mientras que la dependencia anterior de los monopolios del aguardiente destaca una historia fiscal distinta de las presiones intermitentes del mercado de exportación norteamericano.

Sin embargo, independientemente del producto o del mercado, el sistema de la hacienda se basaba en el sistema del terraje, que funcionaba como un mecanismo fundamental de extracción de mano de obra periférica al transformar la residencia ancestral en una forma de renta laboral. En este modelo periférico clásico, el objetivo es producir mercancías para un centro que no puede o no quiere pagar el costo de reproducción de la

mano de obra. El terraje resuelve esto al obligar al trabajador a proveerse su propia subsistencia en una pequeña parcela, mientras entrega su excedente de trabajo a la hacienda de forma gratuita. Se trata de una pura búsqueda de renta: en lugar de pagar un salario, los terratenientes cobran una «renta» a cambio del derecho de las personas a existir en sus propias tierras ancestrales. Al coaccionar a las comunidades Indígenas a prestar servicios no remunerados a cambio del acceso a la tierra, la hacienda externalizó efectivamente los costos de reproducción de la mano de obra. Esta captura de renta aseguró un costo de producción casi nulo, facilitando una transferencia masiva de valor desde la periferia rural hacia los centros urbanos nacionales y las cadenas de productos básicos globales.

Hoy en día, la facción política representada por Paloma Valencia sigue defendiendo una visión del uso de la tierra muy centrada en el desarrollo agroindustrial, la inversión extranjera y la seguridad institucional, políticas que mantienen la integración dependiente de Colombia al centro capitalista global, a menudo a expensas de alternativas agroecológicas más sostenibles desde el punto de vista social y ambiental. Mientras que el linaje de Valencia representa al centro nacional que gestiona esta extracción, el linaje político de Manuel Quintín Lame Chantre y Aída Quilcué representa la resistencia existencial de la periferia subalterna; la imposición de este modelo económico dependiente supuso la reorganización violenta de sus geografías económicas.

El levantamiento de Lame a principios del siglo XX fue una rebelión directa contra este sistema de dependencia. Reconociendo que los monopolios de la tierra estaban empobreciendo activamente a su pueblo para alimentar al centro nacional, instó a las comunidades Indígenas a levantarse contra los «acaparadores, multimillonarios, aristócratas y oligarcas» que facilitaban este colonialismo interno. Al exigir la restitución de los territorios ancestrales como resguardos, Lame intentaba sacar la tierra y la mano de obra Indígenas de la cadena de extracción del centro capitalista. Desafiando directamente la acumulación de riqueza de la élite, declaró: «*Cada indio de América debe ser dueño de un pedazo de tierra*» (Lame Chantre 1971).

Para Lame, recuperar este territorio no significaba que los pueblos Indígenas lanzaran pequeñas empresas en el mercado capitalista de exportación. En cambio, se trataba de defender la tierra como una madre protectora que proporciona sustento y conocimiento ancestral, rechazando de manera inherente la visión del centro de la naturaleza como una

mera mercancía para ser explotada. La plataforma de Quilcué también desafía el estatus del Cauca como periferia dependiente al reemplazar el modelo agroindustrial impulsado por las exportaciones con la expansión legal y material de los TECAM y los resguardos Indígenas. Al desvincular el uso de la tierra de las exigencias de los mercados mundiales del azúcar y las materias primas, su enfoque va más allá de la «modernización productiva» del presidente Gustavo Petro hacia una soberanía territorial que prioriza la estabilidad alimentaria regional por encima del desvío de excedentes hacia los centros nacionales y globales.

La importancia histórica mundial de la candidatura de Aída Quilcué radica en la ruptura de este patrón centenario. Históricamente, los poderes ejecutivos de los estados dependientes como Colombia han estado controlados exclusivamente por el centro nacional, las élites urbanas y los grandes terratenientes que gestionan la relación desigual del estado con el capital global. Al proponer a una mujer Indígena de la periferia rural para la vicepresidencia, el Pacto Histórico intenta invertir la estructura de poder del estado-nación y romper el ciclo histórico de dependencia.

Esta elección no se trata solo de quién gobierna Colombia, sino que es una profunda cuestión de geografía económica. ¿Puede la periferia, después de siglos de proporcionar la mano de obra y la tierra que construyeron el centro, reclamar con éxito el aparato político para redefinir el papel de la nación en la economía global más allá del extractivismo industrial? Esto ya es evidente en la negativa de Petro a firmar nuevas licencias de petróleo y gas en el país (Malm y Guez 2025). La candidatura de Cepeda-Quilcué preserva el compromiso del Pacto Histórico con la política de la periferia al evolucionar desde el activismo Afrofeminista de Francia Márquez hasta el enfoque de Aida Quilcué en la territorialidad ancestral Indígena en la región del Macizo del Suroeste. Sin embargo, también puede verse como una señal de ruptura estratégica al cambiar la disrupción populista por un enfoque legislativo maduro destinado a lograr el consenso institucional a través del derecho internacional y la gobernanza Indígena formal.

Los antepasados Manuel Quintín Lame Chantre y Guillermo Valencia están observando, como también lo hacen otras partes del Sur Global.

Agradecimientos

Agradezco a Victoria Frausin su ayuda e ideas para este artículo, y la creación de la imagen que lo acompaña. También quiero dar las gracias a Diana Ojeda por sus críticas constructivas sobre el primer borrador, que me permitieron escribir un texto mucho más sólido, y a Andrew Kent por su labor editorial.

Referencias

- Blaser, M., S. Poirier, y P. Anthias. 2025. "Introduction: Territories of Life and the Struggles for Heterogenous Worlds." En *Territories of Life: Equivocations, Entanglements, and Endurances*, editado por M. Blaser, S. Poirier, y P. Anthias, 1-34. University of Alberta Press.
- Bries Silva, N. 2025. "Territory as Victim: Rethinking the Right to Reparation Through Awá Indigenous Territories." *AJIL Unbound* 119: 140-144.
<https://doi.org/10.1017/aju.2025.10013>.
- CNMH-ONIC. 2019. *Tiempos de vida y muerte: Memorias y luchas de los Pueblos Indígenas en Colombia*. Centro Nacional de Memoria Histórica-Organización Nacional Indígena de Colombia. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/tiempos-de-vida-y-muerte-memorias-y-luchas-de-los-pueblos-indigenas-en-colombia/>.
- Colmenares, G. 1989. "Popayán: Continuidad y discontinuidad regionales en la época de la Independencia." En *América Latina en la época de Simón Bolívar*, editado por R. Liehr, 157-181. Colloquium Verlag.
- Espinosa Arango, M. L. 2023. "Democracy Against the Grain: Indigenous Politics in Colombia's Southwest Andes." *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 18, no. 1: 24-46. <https://doi.org/10.1080/17442222.2022.2109381>.
- Fals Borda, O. 1975. *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Publicaciones de la Rosca.
- IGAC. 2024. "Multipurpose Cadastre, basis for the SAT." Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Gobierno de Colombia.
https://www.cepal.org/sites/default/files/static/files/gt_admin_tierra_colombia_dic2024_eng.pdf.
- Lame Chantre, M. Q. 1971 [1939]. *Los pensamientos del indio que se educó dentro de las*

selvas colombianas. Editado por G. Castillo. Rosca de Investigación y Acción Social / Editextos.

Malm, A., y M. Guez. 2025. "Colombia Against the Fossil Fuel Age." *Jacobin*, August 21.
<https://jacobin.com/2025/08/colombia-fossil-fuels-climate-petro>.

Rivera Cusicanqui, S. 1984. *Oprimidos pero no vencidos: Luchas del campesinado aymara y qhechwa 1900-1980*. HISBOL.